

El día en que el cielo destruyó El Tomillar

J. Francisco Fabián García



El día en que el cielo destruyó El Tomillar

J. Francisco Fabián García



UN CUENTO PARA EXPLICAR LA VIDA DE HACE 4.600
AÑOS EN UNA ALDEA DE LA EDAD DEL COBRE

Copyright: J. Francisco Fabián García

Edita: Junta de Castilla y León.

Ilustraciones:

- Las ilustraciones de las páginas 5, 7, 18, 22, 23, 38, 41, 43, 46, 48 y 51 son originales para este cuento, obra de José Muñoz Domínguez.
- Las ilustraciones de las páginas 26 y 28 están tomadas de M. Rojo, R. Garrido, I. García y C. Tejedor: *Los primeros agricultores y ganaderos del interior peninsular*?. 2008. Son originales de Luis Pascual (ARATIKOS Arqueólogos).
- Las fotografías y acuarelas de la cubierta y portada son de J. Francisco Fabián García.

Diseño y maquetación: Zink soluciones creativas

Impreso en España

Dep. Legal: AV-176-2008

ANTES DE EMPEZAR ESTA HISTORIA

Ya sabemos que todas las historias empiezan siempre diciendo: “*Hace mucho tiempo*” e inmediatamente viene todo lo demás, pero es que esta vez es verdad que hace mucho-mucho-mucho tiempo, pero mucho-mucho tiempo, mucho antes de que hubiera nacido el abuelo del abuelo del abuelo de tu abuelo, mucho antes de eso, un grupo de personas vivió una historia muy importante en un sitio que ahora lo llaman El Tomillar y que está en el pueblo llamado Bercial de Zapardiel. Ahora es campo sin más, pero hace mucho hubo allí una aldea. Para que te hagas una idea en años de cuando pasó aquello –aunque ni así es fácil imaginarlo– fue hace unos 4600 años. Piensa en el tiempo que tarda en pasar un año de tu vida, por ejemplo desde el primer día del curso hasta el primer día de curso siguiente. Bueno, pues de esos, ¡¡¡4600 atrás!!!. Fue en lo que se conoce como la *Prehistoria*. A la Prehistoria ha habido que dividirla en partes para explicarla mejor. Cada parte representa un tiempo con sus circunstancias particulares, que han significado avances consecutivos de la humanidad. Cuando aquella gente vivió en El Tomillar era la Edad del Cobre, porque se utilizaba ya el cobre. Todavía no conocían el hierro, ni el acero, ni siquiera el bronce. Sólo el cobre y el oro, pero este último no era tan fácil de conseguir como el cobre.

Hay quien piensa que en ese tiempo las personas eran muy poco inteligentes y vivían como salvajes. Pero se equivoca. Eran gente inteligente y con los pocos medios que tenían, se las arreglaban bastante bien para sobrevivir. Es verdad que carecían de conocimientos técnicos. Pero, claro, los conocimientos técnicos se van alcanzando poco a poco, no se han tenido al alcance siempre.

En aquel tiempo no era fácil sobrevivir. No había hospitales, ni médicos, ni veterinarios que curaran los animales, ni escuelas para aprender, ni vehículos para desplazarse, ni las casas tenían las comodidades que tienen las nuestras... había por tanto muy pocas cosas de las que hay hoy. Y sin embargo disfrutaron también

de la vida como disfrutamos nosotros tantos miles de años después. Lo que sí es verdad es que estaban muy expuestos a las catástrofes, a las enfermedades y mucho de aquello que hoy solucionamos con facilidad. Era una vida dura, muy ligada a la naturaleza en lo bueno y en lo malo. Gracias a que ellos fueron superando los problemas e inconvenientes, hemos llegado a los tiempos actuales. Por tanto habitar su mundo durante las páginas de este cuento nos sirve para introducirnos en algo que sucedió de verdad.

Lo que vas a leer a continuación es un relato basado en lo que sabemos de los habitantes de El Tomillar, averiguado a través de las excavaciones arqueológicas. Todo el ambiente de lo que te vamos a contar se basa en lo investigado en El Tomillar y en otros yacimientos arqueológicos similares. Esa era la forma real de vivir en aquel tiempo y los riesgos a los que estaban sometidos.

Te aconsejo que te pongas cómodo, que digas que no te molesten en un buen rato y lo leas imaginando un mundo que pasó hace mucho tiempo y que era aproximadamente como te lo van a contar. Verás que a lo largo del cuento hay frases resaltadas. El significado que encierran esas frases está explicado al final del libro con más detalle. Así podrás entender mejor el mundo de los que habitaban hace 4600 años. Nada menos que 4600 años...

Espero que os guste.



CAPÍTULO 1

La expedición a la roca que dice cuando es el fin del tiempo del calor



uando se le empezaba a notar al verano llegar a su fin, todos estábamos deseando que llegara la celebración del fin de la cosecha. Mi abuelo, que era el hombre más viejo de todos nosotros, había ido con mi padre, mi hermano mayor y con otros hombres de las aldeas cercanas a **calcular cuando sería el día en que nos reuniéramos para celebrar el fin del tiempo del calor⁽¹⁾**. A mi me dijeron que todavía era pequeño, pero que pronto me enseñarían a conocer el fin de una estación y el principio de otra. Ese año mi hermano mayor iba por primera vez a conocerlo y estaba muy ner-

1

vioso. A mi hermano siempre le ha gustado presumir de ser mayor y lo de acompañar a los hombres le hace esta vez serlo de verdad. En realidad los mayores saben con mucha exactitud cuando serán los días de la celebración de la cosecha, porque los ancianos en cada aldea tienen marcado en un tronco de árbol el tiempo en que la luna se hace grande y pequeña. Y la cantidad de veces que tiene que hacerse grande y pequeña para que llegue otro tiempo igual. Lo saben, pero ellos siempre hacen el mismo viaje para comprobarlo, porque hubo un tiempo en el que esto no se sabía como se sabe hoy y había que averiguarlo a través de las piedras. Cada año van a cerciorarse, por si algo hubiera cambiado.

2 Mi abuelo, mi padre, mi hermano, el hermano de mi padre y otros hombres de aldeas cercanas, como hacen cada año por estas fechas, partieron al amanecer y tardaron tres días en volver. A la vuelta me contó mi hermano, haciéndose el mayor más que nunca, que habían caminado por el campo guiados por los más viejos, porque ellos siempre conocen todos los caminos. Nos contó que después de tanto caminar llegaron hasta un lugar donde había muchas rocas y muy grandes algunas de ellas. En principio todas parecían iguales, pero no lo eran. Ellos sabían de una que era especial entre todas. Lo sabían ellos y antes lo habían sabido otros que se lo habían enseñado a ellos y antes otros y así hasta mucho tiempo atrás, hasta no acordarse nadie de quien había averiguado que aquella ***piedra en concreto tenía el secreto***⁽²⁾ de saber cuando el verano terminaba y por lo tanto, cuando haríamos la fiesta del final de la buena cosecha. Algún día me llevarán a mí a conocer esa piedra y podré hacer lo que hizo mi hermano al regresar con todos nosotros, sentados a la orilla del río escuchando su relato. Tiene que ser muy grande hacerse mayor y conocer todos los secretos que saben los mayores sobre las cosas que existen.

Nos contó mi hermano que la gran roca por la que se sabía el fin de las estaciones estaba en un lugar alto, aunque no era muy costoso subir hasta allí. Había otras al lado, pero ella era la especial. Y lo era no porque alguien hubiera pintado en rojo algunos signos, como se veía nada más llegar, sino porque a través suyo se podía saber cuando terminaba el verano, y también cuando se iniciaba el tiempo de la siembra, algo que para todos nosotros era fundamental. Contó mi hermano con todo secreto, y nos hizo prometer que no diríamos nada, que cuando llegaron a la piedra lo primero que hicieron fueron muchas reverencias, como si fuera una persona. Habían llevado un pequeño cordero y lo sacrificaron en honor al sol, que fue quien colocó allí la piedra en un tiempo del que ya no se acordaba nadie. Pintaron signos en la piedra de nuevo y luego esperaron a que el sol estuviera a punto de ocultarse y en ese momento fue cuando, según le explicaron a mi hermano, podía saberse el tiempo que faltaba para que el verano terminara y pudiéramos hacer la fiesta. Sólo un día de todo el año o como mucho dos, los rayos del sol del atardecer iluminaban



una pequeña grieta que tenía la roca y, a través de ella, unos hoyos tallados en otra roca.

Lo que nos contó mi hermano sirvió para que los niños de mi aldea supiéramos algo que no se nos había ocurrido y que desde ese momento íbamos a guardar en secreto: que ***el sol no se oculta, ni tampoco sale, todos los días del año por el mismo sitio, sino que recorre un camino que poco a poco se repite***⁽³⁾. Mi hermano dice que dijeron los más viejos que eso lo hace el sol porque siempre nos está observando. Él nos vigila, sabe lo que queremos y lo que necesitamos y por eso cada año hace posible que haya un tiempo favorable a nuestras necesidades. Por saber todo esto ya somos más mayores, aunque no lo sepan los padres y los abuelos. Ellos seguirán pensando que somos pequeños, pero en realidad somos ya un poco mayores. Cuanto más sepamos, más pronto lo seremos de verdad.

CAPÍTULO 2

Camino a la celebración de la buena cosecha



uando los hombres volvían cada año de este viaje, salíamos a recibirlos nada más verlos aparecer por el horizonte. Vamos gritando y haciendo todos los ruidos que sabemos hacer con la boca y con los instrumentos que producen sonidos. Los niños y los más jóvenes salíamos a su encuentro corriendo. El que llegaba primero donde ellos tenía el privilegio de recibir la noticia antes que ninguno y abrazarles. Siempre traían una pequeña piedra transparente y brillante que le entregaban al más rápido y que la debía guardar hasta la siguiente vez. (Era todo un orgullo tenerla durante todo un año y enseñársela a los demás de vez en cuando). Las mujeres, que también habían salido al encuentro, les recibían cantando, porque eso ratificaba que iríamos muy pronto a la celebración de la cosecha.

Mi abuelo decía que en realidad la fiesta que hacíamos no era para alegrarnos por la llegada del tiempo de las lluvias, sino para **dar gracias por el tiempo del sol intenso que ya terminaba y, sobre todo, por la buena cosecha**⁽⁴⁾. Cada buena cosecha nos aseguraba la comida para un año y la siembra para el siguiente. Teníamos que estar agradecidos a quien lo hacía

5 posible cada año, al sol, que hace la luz y con ello que veamos sobre la oscuridad. Mi abuelo dice que sale cada día para que nosotros podamos hacer todo cuanto nos permite vivir y se oculta cada noche para que podamos descansar y de nuevo vivir al día siguiente. De él dependemos, de él y de la madre tierra, que obedeciendo al sol, nos da lo que comemos. Desde pequeños nos han enseñado a honrarlos a ambos y a respetar su autoridad por encima de todas las autoridades, porque de ellos dependemos. Sin el permiso de la tierra no podríamos sembrar, ni comerían nuestros animales, no nos darían su carne y su leche, ni tendríamos **el queso, tan importante para nuestro sustento**⁽⁵⁾. Sin el sol todo sería oscuridad, nadie podría trabajar, ni ir a ninguna parte. Siempre nos han dicho que no podemos osar mirarle, porque si le miramos se siente tan ofendido que, como castigo, puede cegar nuestros ojos para siempre. Cuando el verano termina le despedimos muy contentos deseando que nos traiga pronto de nuevo la vida que representa.

6 La noticia de la fiesta que celebra el fin del verano y la buena cosecha alegraba el ambiente de cada aldea como no lo alegraba ningún otro acontecimiento. Desde el momento de haber fijado el día, ya no pensábamos en otra cosa. Estábamos contentos y agradecidos a **la madre naturaleza**⁽⁶⁾ porque la cosecha había sido buena, la habíamos podido recoger sin que el agua que manda el cielo lo hubiera interrumpido, porque habíamos podido guardarla en los **silos excavados en el suelo**⁽⁷⁾ y porque con la paja sobrante había dado tiempo a reparar las cabañas para cuando vengan las lluvias del invierno y tengamos que estar debajo de ellas a veces días enteros. Sólo faltaba celebrarlo y eso es lo que deseábamos hacer.

7 Dos días después partimos. Los que tenían que quedarse al cuidado del ganado y de los enfermos, nos despidieron tristes porque a la fiesta del fin de la cosecha todos quieren ir. Mi abuelo había juntado a los otros cuatro hombres de la aldea, incluido

mi hermano, que ya le consideraban como un hombre más, para explicarles algunas cosas que sólo deciden ellos. Pero como mi hermano estaba recién hecho mayor y quería a toda costa que no lo olvidáramos, nos lo contó en secreto. De esa manera nos enseñó su diferencia y hace desear que llegue el día en el que también nosotros podamos participar de estas decisiones, sólo de los hombres mayores. A pesar de todo creo que no es lo suficientemente mayor, porque si lo fuera, no revelaría los secretos. Contó muy orgulloso que el abuelo le había dicho que iban a buscarle una esposa y que por ello **había que llevar los regalos de calidad que ya tenía preparados desde hacía tiempo**⁽⁸⁾. Unos los habían fabricado las mujeres y otros los tenían guardados de anteriores regalos recibidos. De esa manera pasan de mano en mano los objetos valiosos, los que tienen, además de su belleza, un significado entendible por todos. Con estas cosas, según decía mi hermano que habían contado los hombres, todos los que vivimos cercanos estamos más unidos, porque todos tocamos las mismas cosas.

8

Partimos cuando empezaba a aparecer la luz del día. Nos habíamos levantado un poco antes para que nos pintaran el cuerpo de rojo a la luz de las hogueras. Me emociona ese momento. Siempre, la noche anterior despierto antes de que me llamen oyendo como **machacan la piedra roja, el hueso y el carbón con que nos pintarán el cuerpo de rojo, de blanco y de negro**⁽⁹⁾. Todos los que van a partir vamos pasando por las manos de los que nos pintan. A las mujeres las pintan las mujeres, a los hombres otros hombres y a los niños las madres. Hacen hogueras muy grandes con llamas muy altas, que en la oscuridad de la noche provocan aún más emoción. Y al resplandor, van haciéndonos los dibujos sobre la piel que llevaremos con nosotros todo el camino. **Mi abuelo siempre dice que el color rojo**⁽¹⁰⁾, sobre el que se pintan luego pequeños dibujos en blanco y en negro, hará que

9

10

nuestra vida sea larga, porque **es el color de la vida**⁽¹⁰⁾ y ese color lo tienen que llevar sobre todo los niños, para que vivamos mucho tiempo y en nuestra aldea haya siempre hombres y mujeres que continúen la tarea emprendida por los antepasados.

Caminamos durante dos días sin parar siguiendo el río hacia donde éste nace en la montaña. Ellos siempre saben muy bien donde está el lugar por el que se pueden pasar los ríos sin riesgos. Aunque todo el campo parece igual, ellos conocen donde están esos sitios. Eso sólo lo saben los mayores. No me extraña que mi hermano estuviera tan emocionado por hacerse mayor. Aunque sólo fuera por conocer esas cosas tan importantes, yo también deseo que llegue el momento para mí.

Sólo mi abuelo iba montado en el caballo. Es el sitio que le corresponde como el hombre que más sabe, el depositario de todos los conocimientos de los antecesores. Y eso se tiene que notar entre los miembros de nuestro grupo cuando vamos todos juntos a algún sitio. Además él no debe cansarse, no debe correr riesgos porque necesitamos de lo que sabe hasta que haya otro anciano tan sabio como él. Si muriera antes de haber otro anciano, no sabríamos decidir ante algunos problemas y seríamos objeto de la compasión y de la risa de nuestros vecinos. Incluso tendríamos que pedir el auxilio del anciano de otro sitio y eso sería humillante. **Siempre necesitamos de los ancianos**⁽¹¹⁾, para que decidan las cosas importantes y para que nos enseñen a los niños lo que debemos saber. Cuando llega el tiempo de la lluvia y del frío y hay que estar cobijados mucho tiempo dentro de las cabañas, los niños nos reunimos alrededor del fuego con el abuelo para que nos enseñe cosas y para transmitirnos todo lo que nuestros antepasados han hecho a lo largo del tiempo y que no debemos olvidar nunca. Si lo olvidáramos, si no lo transmitiéramos a nuestros descendientes, es como si no hubiéramos existido nunca. Los espíritus de los antepasados no nos lo perdonarían

y caerían sus iras sobre nosotros, enfermaríamos, habría malas cosechas y otros pueblos se mofarían de nosotros por haber olvidado nuestra historia. Por eso, aunque somos niños todavía, sabemos que hay que escuchar muy atentamente para no olvidar nada y para hacernos mayores de la mejor forma cuando llegue el momento. Escuchando con atención llegaré a ser algún día, como lo es mi abuelo ahora, el más sabio de entre nosotros, el que decide lo que es mejor para todos. Pero **no es fácil vivir tanto tiempo**⁽¹²⁾.

12

De los dos días que dura el camino me gustan las noches porque dormimos todos juntos al lado de los fuegos, cerca de los ríos, juntos ya con otros grupos que se nos han unido. Por las noches se hacen grandes hogueras para que nos sentemos en torno a ellas. Los mayores cuentan historias que han pasado desde la última vez que nos juntamos. Los niños estamos quietos escuchando todo con mucha intención. Los jóvenes como mi hermano salen a cazar algún animal en el atardecer para mostrar así que no son mayores sólo por la edad, sino porque valen para ello. Lo hacen en grupo varios jóvenes de la misma edad. Si no cazan nada, evitan hablar o destacarse con la voz hasta que llegamos al sitio donde vamos. Pero si vuelven con alguna pieza cazada, es motivo de la alegría colectiva y ellos se sienten muy orgullosos y hablan más alto, para que se note su presencia. Todo en realidad es colectivo cuando vamos a la fiesta de la buena cosecha. **Desde pequeños nos han enseñado que es el tiempo para sentirnos todos hermanos de todos y para sentir el orgullo de ser los herederos de los que antes tanto han hecho por nuestra tierra hasta llegar a nosotros**⁽¹³⁾.

13

Las mujeres caminan detrás de los hombres cantando. Cantan canciones que hablan de sus tareas habituales: fabricar recipientes de barro y cocerlos, quitar las malas hierbas de los sembrados, cuidar a los hijos más pequeños, hacer el queso, recolectar las

pequeñas frutas de los árboles, moler el cereal para hacer el pan o acarrear las ramas de los árboles que cortan los hombres para el fuego. En las canciones dicen frases graciosas sobre las jóvenes que van a casarse y a veces provocan la vergüenza de los hombres, obligándoles a taparse los oídos. Así la marcha transcurre alegre y divertida.

CAPÍTULO 3

Todos juntos para la celebración



El lugar al que vamos es un campo muy despejado al lado de un arroyo que todavía tiene agua. Cuando desde lejos lo avistamos se ve el humo de las hogueras y los cobertizos que los primeros en llegar han ido construyendo para el refugio de todos nosotros. Se ven como seres diminutos, gentes que van y vienen, niños corriendo, animales pastando en las cercanías del arroyo. Aunque todavía no lo vemos de cerca, se percibe alegría. Todos trabajamos emocionados y contentos para que estos días sean importantes. Y tanto es así que desde que no se recuerda, no hay tiempo mejor entre una cosecha y otra que el que pasamos allí.

Al encuentro de nuestro grupo salen siempre muchas personas. Dejamos que se adelanten los ancianos y se abracen, luego lo haremos los demás. Los niños llevamos el cuerpo completamente pintado. No hay dos iguales, por lo que unos vamos examinando con curiosidad lo dibujado en el cuerpo de los otros. Hay algunos que causan la admiración general y eso es motivo de orgullo para los padres y para el anciano que representa al grupo, aunque ellos estén para cosas más importantes.

Los que han salido a recibirnos, después del saludo y de haber-nos ofrecido agua y comida para que recuperemos las fuerzas tras el trayecto, nos conducen directamente hacia el lugar donde inevitablemente debemos ir antes que hacer ninguna otra cosa. **Es el lugar construido por nuestros antepasados comunes, donde los mayores dicen que se guarda su memoria y se guardará la de todos nosotros con la de ellos cuando nos sucedan⁽¹⁴⁾**. Mi padre dice que este lugar sirve para decirle a cualquier pueblo que ose entrar en nuestro territorio, que está en un lugar cuya propiedad desde un tiempo que no se recuerda, nos pertenece, porque hemos creado las tierras de labor despejando el bosque, porque en él se mueven los ganados buscando pastos y agua, de él disponemos cuando es necesario buscar nuevos sitios para vivir, aquí están los lugares marcados donde reconocemos la presencia de las divinidades que nos protegen, donde hemos conseguido ahuyentar las alimañas y los malos espíritus y donde el sol nos ha otorgado su autorización, dándonos buenas cosechas y permitiendo que los nuestros tengan que comer y seamos más cada vez. Por eso nadie puede asentarse en el territorio que nos pertenece sin permiso, ni puede recoger sus frutos ni aprovechar sus **pedras verdes con las que fabricar el cobre⁽¹⁵⁾**.

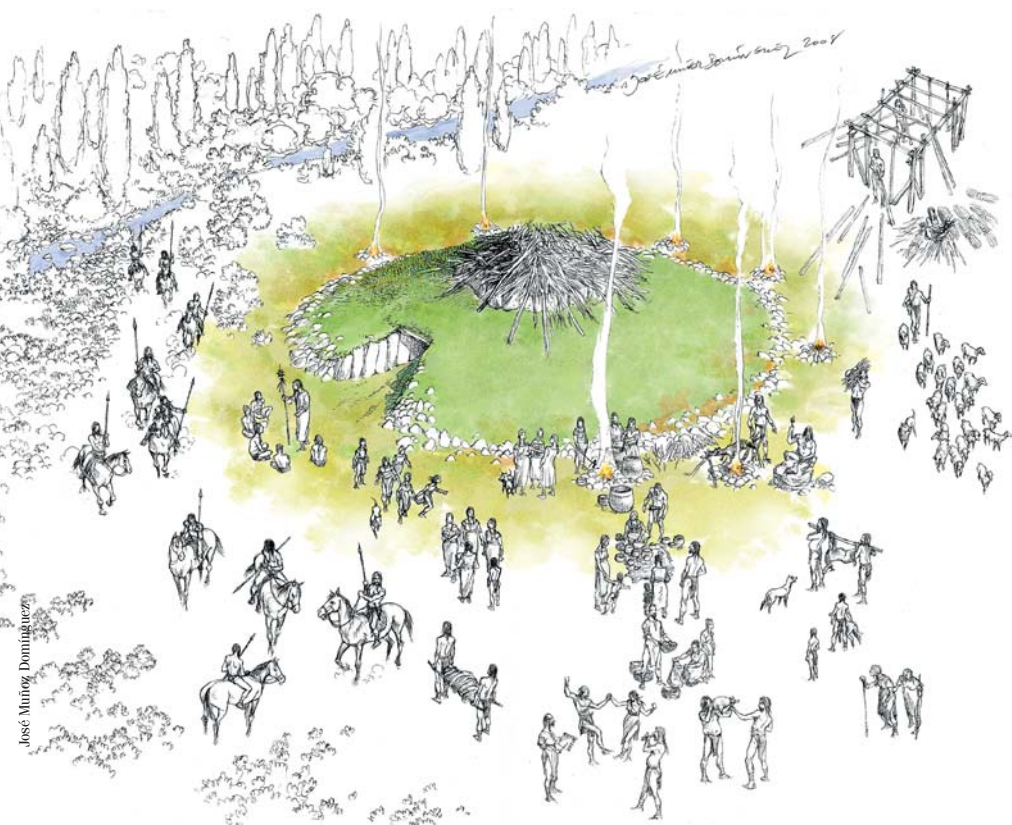
El lugar donde está la memoria de los antepasados es un **montículo de tierra y pedras⁽¹⁶⁾** que guarda en su interior, en el sitio oscuro, los espíritus de los antepasados que guiaron a nuestra gente por buenos caminos. El montículo de tierra tiene en su interior un lugar muy oscuro e importante, cubierto con troncos y ramajes. A este sitio tan misterioso se accede por un camino hecho con pedras planas hincadas. A ambos lados del camino de pedras clavadas que lleva al lugar oscuro donde están los espíritus, hay dos hogueras encendidas constantemente. Mi padre nos ha dicho que el fuego halaga a los espíritus y que si miramos fijamente al fuego en la noche, fuego y espíritus son el mismo mis-

terio. Yo eso todavía no lo entiendo bien, pero pongo mucha atención en aprenderlo y repetirlo como lo oigo, porque cuando sea mayor quiero saberlo a la perfección.

Han limpiado todo en los alrededores del gran montículo, lo han adornado con plantas del campo que huelen bien, con pieles de animales y telas pintadas del color rojo de la vida. Un hombre muy anciano nos recibe al lado del gran montículo. Es un hombre muy viejo, como nadie de viejo, con el pelo y la barba completamente blancos. Nunca he visto a nadie con ese color de pelo y de barba. Le hace diferente a todos nosotros. Se apoya en un bastón más alto que él, en el que hay labrados dibujos en la corteza. Lleva una túnica hasta los pies y le cae sobre el pecho, colgado del cuello, **un collar de piedras verdes**⁽¹⁷⁾. Mi abuelo le entrega unas plantas secas con buen olor que trae desde nuestra aldea envueltas en una piel de cabra, un recipiente con trigo y cebada de la última cosecha y algunos huesos del cuerpo de los muertos de mi aldea para depositar en el lugar oscuro del montículo. Aquel hombre, moviéndose con dificultad, lo toma y lo deposita a la entrada del camino que conduce al lugar oscuro donde están los espíritus de los antepasados. Todos permanecemos agachados en silencio un tiempo, mirando hacia el suelo. Él se acerca a cada uno de nosotros y nos toca en la cabeza en señal de reconocimiento. Mi abuelo le dice cuantos nacimientos ha habido en mi aldea desde la última fiesta y cuantos han muerto. Luego nos ponemos en pie y él vuelve a un lugar que le han construido con troncos y ramas para que esté protegido del sol.

Mi abuelo habla siempre de este hombre con mucho respeto y admiración porque ha visto y ha vivido cosas extraordinarias, por eso todos debemos sentirnos orgullosos de que exista⁽¹⁸⁾. Cuentan que él ha estado en lugares a los que se tardaba mucho tiempo en llegar y de los que no era fácil saber regresar, que ha conocido a hombres y mujeres distintos a

nosotros, con otro color de la piel, a los que no se les podía entender la forma de hablar. Pero no eran monstruos peligrosos, se comportaban igual que nosotros, hacían las mismas cosas. A mí y a mis hermanos nos gusta que mi abuelo nos cuente que este anciano estuvo en un lugar donde el suelo firme termina y da paso a un suelo de agua, sólo de agua, que no se sabe donde lleva ni cómo y dónde termina. Es sólo agua hasta donde no se puede ver más. Dice mi abuelo que contó el anciano que ese lugar sólo de agua, embelesa y da miedo, las dos cosas a la vez. De allí trajo objetos que no hay en otros lugares, con los que se hizo un collar. A cualquiera que le regale trozos de ese collar, puede sentirse afortunado.



CAPÍTULO 4

Ofrenda a los espíritus de los antepasados que viven en el sitio oscuro



a fiesta para agradecer la buena cosecha comenzó al día siguiente de haber llegado, cuando hubo suficiente leña para los fuegos, cuando los jóvenes regresaron con un ciervo cazado y **cuando estuvo preparada la cerveza que sale de mojar la cebada⁽¹⁹⁾**. De todo lo que he visto, una escena me deja especialmente sobrecogido: cuando el anciano de la barba y el pelo blanco entra dentro del gran montículo a comunicarse con los espíritus de los antepasados y a ofrecerles nuestros regalos para que ellos intercedan ante el gran sol y de ese modo que la próxima cosecha sea buena. Todos rodeamos el gran montículo haciendo un ruido suave con nuestras gargantas, pero con la boca cerrada. Él va arrastrándose lentamente por el camino de piedras que conduce al lugar oscuro. Al camino de piedras le ponen una techumbre de ramas, de forma que se convierte en un pasillo oscuro de poca altura. Pregunté a mi padre si era necesario entrar arrastrándose allí dentro. Y me dijo que había que hacerlo de ese modo para que los espíritus advirtieran que penetraba en la estancia oscura con humildad, nunca creyéndose a la altura de los que moran allí

y conocen otra vida después de la muerte, estando más cerca de todos los misterios que nosotros no conocemos. Añadió que era necesario humillarse para entrar allí dentro.

Antes de que entre el anciano, uno de los jóvenes había penetrado por el pasillo para mover la piedra que le separa de la estancia oscura, impidiendo la entrada. El anciano entra dentro. Van entregándole las ofrendas que debe depositar allí. Le llevan colgantes de piedra, algunos huesos de los hombres muertos en las aldeas, pieles de animal, recipientes con el trigo y la cebada de la cosecha y la cerveza que ha resultado de ellos. Permanece allí dentro mientras nosotros no paramos de hacer el ruido con nuestras gargantas en el exterior. Mi padre dice que hay que hacerlo para que los espíritus de los antepasados despierten y también para que no se oiga la conversación del anciano con ellos. Él bebe la cerveza con los espíritus, les transmite las novedades y pide que comuniquen al gran sol nuestro agradecimiento. Una vez le preguntamos a mi abuelo sobre lo que hay dentro del lugar oscuro al que se accede a través del pasillo. Dijo que es un círculo construido laboriosamente con piedras planas hincadas por los antepasados y que dentro de él hay ofrendas, huesos de hombres valerosos traídos desde sus aldeas y algunos cuerpos de los que han hecho grandes cosas por todos nosotros.

Cuando sale, le recibimos con cantos y con bailes. Él da la señal y entonces comienzan las celebraciones. Bebemos la cerveza que han estado preparando unas mujeres, se matan los corderos que ha traído un hombre para ofrecerlos como regalo a todos nosotros, bailamos, los niños corremos sin cesar y los jóvenes como mi hermano que acaban de hacerse mayores, exhiben su fuerza para que los hombres con hijas puedan acordar su matrimonio o si ya lo han hecho, que se sientan orgullosos de ello. Saltan, **lanzan flechas**⁽²⁰⁾, corren detrás del ganado y luchan entre sí dejando que se les vea. Ellas entre tanto se encuentran

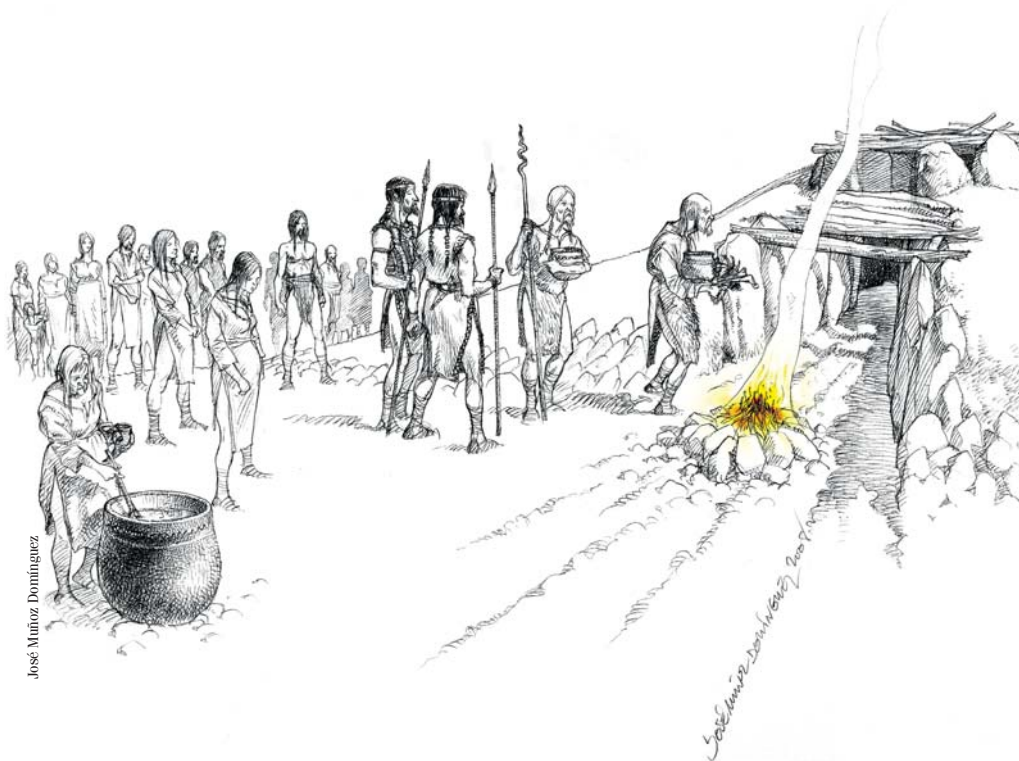
apartadas en una cabaña que les han construido. Se las oye cantar con voces muy finas a todas en conjunto, porque así llaman la atención de los jóvenes que serán sus esposos. Los padres y los ancianos hablan entre ellos, ríen y a veces caen mareados al suelo después de beber la cerveza. Mi padre, mi abuelo y todos los otros hombres de mi familia tienen una cara diferente cuando beben cerveza. Ríen por cualquier razón, aunque no sea graciosa, se abrazan y tratan de hacer cosas sin conseguirlo si han bebido mucho. La cerveza, como tantas otras cosas, sólo la pueden beber los mayores. Mi abuelo nos ha contado que se produce con la cebada y que la cebada la crea el sol, por tanto al beber cerveza nos acercamos a él y a sus misterios. Y así, cuando se ha bebido, nuestra forma de ser es diferente a la habitual, porque estamos más cerca del sol. A los niños nos gustaría beberla también, pero dice mi abuelo que si lo hacemos el efecto en nosotros será diferente, nos sentiremos mal, porque hasta que no somos mayores con todo lo que eso significa, nadie debe osar aproximarse a las sensaciones que nos acercan al gran sol. Traen recipientes especiales para beberla que se pasan de unos a otros, porque todo debe ser especial para ese acto.

Los han hecho las mujeres con mucho cuidado, buscando un barro especial, a veces traído desde muy lejos, y los han decorado de una forma muy cuidadosa y delicada. A veces estas mismas acompañan a algunos muertos en sus tumbas, para honrar de ese modo la importancia de esos hombres y también de la bebida que el sol manda con cada cosecha.

Un hombre muy bien vestido, con muchos adornos en oro y piedra que brillan intensamente, ha donado toda la cebada necesaria para producir la cerveza. Mi padre dice que no podríamos hacerla en nuestra aldea, porque lo que producimos es para nuestra comida e incluso resulta escaso entre una cosecha y otra. Al hombre que la ha donado le sobra, por eso la da para todos los

demás. A otro que le sobran ovejas dona las necesarias y un cerdo para que comamos en los días que dura la fiesta y para los sacrificios que se ofrecen al sol en agradecimiento. Esto les convierte en **personas venerables**⁽²¹⁾ para todos nosotros, porque hacen posible que en la fiesta de la buena cosecha todos tengamos abundante comida y diversión. Por hacer esto el anciano de la barba y el pelo blanco les permite estar a su lado en las ceremonias ostentando sus joyas, les permite también que sus regalos sean entregados directamente a los espíritus y quizá también que algún día, cuando mueran, sus huesos estén dentro de la cámara oscura o en el gran montículo, para veneración de todos nosotros por los beneficios que de ellos hemos recibido en estas fiestas.

En el segundo día mi hermano supo que le habían encontrado una esposa y estaba muy contento. El hombre más viejo de la



aldea de ella y mi abuelo acordaron las condiciones para la boda. Mi abuelo le ha regalado a la muchacha piedras verdes y una tela pintada para vestirse el día de la boda, que será muy pronto. También han acordado cuantas ovejas tendremos que darles por esa mujer. Todos estamos deseando que la boda sea cuanto antes para que nazcan nuevos niños y así que crezca nuestra aldea y podamos cultivar más tierras y producir más.

Cuando llega el día de la partida todos estamos tristes. Los hombres se abrazan con otros hombres para despedirse, las mujeres se toman de las manos y los niños que nos hemos hecho amigos jugando a correr, a saltar entre las rocas y a lanzar flechas con el arco como si fuéramos cazadores o guerreros, no podemos menos que llorar en la despedida. Hay que esperar a otra cosecha para juntarnos todos de nuevo.

Partimos al amanecer. Una gran hoguera iluminaba las inmediaciones del gran montículo. Un grupo de mujeres quemaban allí todos los restos de las celebraciones para enterrarlos después entregándolos de nuevo a la madre tierra, de donde todo ha partido con el consentimiento del sol.



El gran montículo queda cerrado con una gran piedra hasta otra celebración. Lo vigilarán los que habitan cerca. Nadie osará entrar allí, ni hacerle daño porque los espíritus de nuestros antepasados le perseguirían provocándole grandes males. Mi abuelo nunca deja de repetir que entre la cosas más importantes de nuestra vida, está la honra a los antepasados y a sus monumentos. Son nuestro orgullo mayor. Si fuera necesario lo defenderíamos hasta morir. Algunas canciones que canta el abuelo hablan de luchas para defender estos lugares. En ellas murieron hombres de los nuestros valientemente.

CAPÍTULO 5

Preparádonos para el tiempo de las lluvias y el frío



El viento y el color amarillo de los árboles que hay al lado del río, anuncian que va a ir terminando poco a poco el tiempo del sol y del calor. Cuando el tiempo del sol y del calor termina completamente, se inicia otro donde el sol pasa mucho tiempo escondido detrás de las nubes y hace frío. (Mi abuelo dice que lo hace porque está enfadado, pero debe ser una broma porque lo dice y luego se sonríe). Para esta etapa hay que reparar las cabañas adecuadamente, ya que pasaremos dentro de ellas mucho tiempo. El frío nos preocupa a todos, debemos prepararnos siempre para él. Trae grandes problemas. Trabajamos intensamente en ello desde la fiesta de la buena cosecha hasta que llegan los fríos plenos. Esta fiesta separa siempre dos épocas en las que el trabajo no cesa: primero es la recogida de la cosecha con la separación del grano, su almacenamiento en los silos y todo lo que tiene que ver con ello. Trabajamos mucho todos, pero lo hacemos sabiendo que es para asegurarnos que no nos faltará comida durante el tiempo frío. Luego, después de guardada la cosecha y celebrada, llega el tiempo en que parirán nuestros animales. **Hay que recoger**

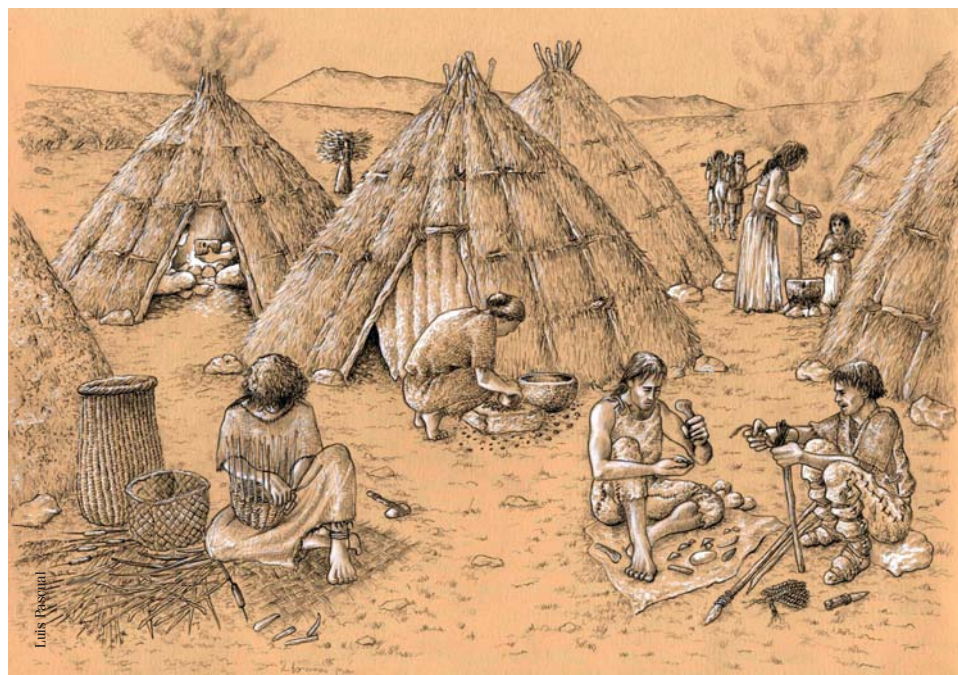
22

los frutos comestibles de los árboles y almacenarlos muy bien⁽²²⁾. Hay que cortar muchas ramas, acarrearlas y almacenarlas en los establos para asegurarnos el fuego, si se prolongan

23

mucho tiempo seguido las lluvias. Hay que forrar las cabañas con barro⁽²³⁾ en la parte exterior y con pieles en el interior para que no se escape el calor del fuego, hacer paravientos que protejan las cabañas, reforzar los establos para el ganado, guardar la carne secada al sol para que no se estropee y muchas otras tareas que nos mantienen ocupados desde la mañana hasta la noche. Sólo los enfermos se libran del duro trabajo que este tiempo supone y también las mujeres a punto de parir. A ellas todo les está prohibido, si puede suponer la muerte del hijo que esperan. Por eso permanecen en cabañas muy seguras, sin hacer casi nada. **Mi abuelo dice que ellas son la garantía de que nuestra aldea no se quede sin gente para trabajar, porque el trabajo asegura que no pasaremos hambre⁽²⁴⁾.**

24

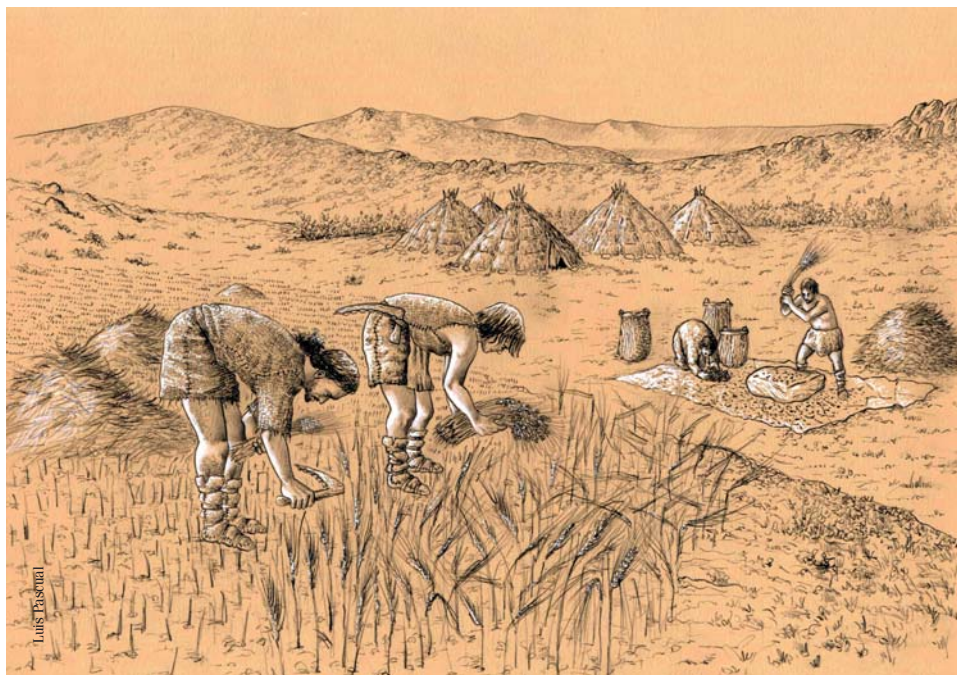


Los niños ayudamos a recoger bellotas cuando es el momento. Las traemos a nuestras espaldas en sacos de esparto hasta los silos. No se puede parar de trabajar, porque el tiempo de la lluvia llega enseguida y luego el del frío, que es muy largo. Para ese tiempo no debemos carecer de nada. Algunos días del invierno nieva y todo el campo se pone blanco. Tenemos que permanecer dentro de nuestras cabañas al calor del fuego. Otras veces llueve sin cesar de la mañana a la noche o hace tal frío que no salimos apenas de las cabañas. Sólo salen los hombres con los ganados. En cuanto podemos, si las tierras han sido mojadas ya por el agua del cielo suficientemente, las removemos para sembrarlas de nuevo. Los días de frío intenso o de nieve me gustan porque los niños nos pasamos el tiempo en la cabaña de mi abuelo. No nos cansamos de oír las historias que cuenta, hablándonos muy despacio al calor del fuego en el hogar del centro de la cabaña. Él nos coloca a sus dos lados, nos cubre con pieles y telas de forma que sólo se ve de nosotros la cabeza. Todos queremos estar más cerca de él, a veces nos peleamos por ello y él tiene que organizar quienes se colocan más cerca y quienes más lejos. Los más pequeños siempre están más tiempo pegados a él y si protestamos los que somos mayores, el abuelo nos dice que no debemos protestar por eso, porque si somos mayores es que necesitamos menos de él. Cuando dice eso cesan las disputas. Creo que mi abuelo es muy astuto. Sabe como contentarnos sin necesidad de gritar ni enfadarse.

Nos cuenta historias de hombres que vivieron hace mucho tiempo y que conocieron cosas extraordinarias, las que soñamos nosotros con conocer también algún día. Habla mucho de nuestros antepasados y dice que lo que aprendemos de ellos debemos aprenderlo bien para transmitirlo, porque el futuro se basa siempre en transmitir lo aprendido y mejorarlo. Mi abuelo, además, nos enseña lo que podemos y debemos hacer con todo cuando

seamos mayores, las posibilidades que tienen las cosas que hay en la vida, nos explica cómo es el cielo, lo que hay en él y por qué pasan las cosas.

De la época del frío no me gusta todo, como sucede con el tiempo en que salen las flores y huele el campo a algo que me pone contento sin que yo sepa por qué. Del frío sobre todo me gustan las conversaciones con el abuelo y dormir cerca del fuego entre los brazos de mi madre. Mi hermano dice que cuando sea mayor ya no podré dormir así nunca más. Sólo por eso es por lo que no quiero hacerme mayor, por todo lo demás lo estoy deseando.



CAPÍTULO 6

Cuando el cielo se enfureció sobre nosotros



La terrible noche del día que voy a contar, sucedió poco después de haber regresado de la celebración de la buena cosecha. Los árboles de la ribera del río y de los prados donde pasta el ganado al pie de él, estaban ya con ese color amarillo y anaranjado que nos hace mirarlo sin cesar. Estábamos en plena recolección de la cosecha de bellotas. Amanecían los días con cielos muy azules, que a media tarde se poblaban de nubes oscuras. Como si quisiera ayudarnos, muchas tardes, cuando habíamos terminado el trabajo de transportar bellotas, el cielo empezaba a lanzar agua y sonaban allí arriba tremendos truenos que hacían temblar. Asustados, veíamos caer a la tierra rayos deslumbrantes. Mucho me gusta estar con mi abuelo y oír sus historias, pero cuando hace tormenta no, porque siempre cuenta historias que han pasado durante tormentas, hombres y ganados a los que un rayo les quemó vivos. Aunque él siempre dice que no hay que temerlas. Si hemos honrado bien al cielo dándole los sacrificios que ha pedido y hemos respetado a la madre tierra, el cielo nunca nos hará daño. Pero las historias que contaba, asustaban, por eso mientras suceden los

estruendos en el cielo, yo prefiero meterme entre los brazos de mi madre y estar en silencio con los dientes apretados, sólo mirando para el fuego del hogar. Luego, cuando todo ha pasado, salimos fuera a respirar la humedad. Ha cesado el peligro y no sé por qué, pero dan muchas ganas de jugar.

Al menos en cinco días se repitió la tormenta por la tarde cuando el sol estaba a punto de desaparecer. No llovía mucho, por eso resultaba agradable. A la mañana siguiente cuando íbamos temprano a buscar bellotas, caminar pisando la tierra húmeda, era más agradable, además, el campo olía bien. Al sexto día, aunque esta vez por la noche, cuando ya dormíamos, nos despertó un destello intenso y enseguida un trueno como yo no he oído nunca ningún otro. Al poco tiempo hubo otro parecido y enseguida otro y entonces empezó a llover cada vez más intensamente. El agua del cielo golpeaba la cabaña con fuerza. Parecía que de un momento a otro se iba a derrumbar. Estábamos asustados. Si nuestras cabañas se cayeran en medio de la lluvia, sólo nos quedarían los establos del ganado para guarecernos. Mi abuelo dice que a veces el cielo está tan enfurecido que no atiende a nada que podamos hacerle o decirle. Sólo nos queda esperar a su tranquilidad. Lo que no puedo entender, pero no quiero preguntárselo, es porqué si nosotros hacemos lo que sabemos que le agrada, él se enfurece y nos crea grandes dificultades. No parece justo.

Intranquilo, porque no cesaba de llover con aquella furia, mi padre se asomó, quitando a un lado la puerta de la cabaña. Vi a mi abuelo a la puerta de la suya, iluminado a destellos por los relámpagos, con el cuerpo cubierto por varios trozos grandes de piel de cabra cosidos entre sí y tapada la cabeza con una capucha. Miraba al cielo, levantando algo con la mano en la misma dirección. Gritaba como queriendo que le oyera alguien allí arriba. Supuse que lo que alzaba con la mano era una piedra transparente y puntiaguda que guarda celosamente en su cabaña. Él dice que esa piedra

cayó del cielo durante una tormenta y que a través de ella es como puede comunicarse con el cielo cuando está furioso. Mi abuelo dice que el cielo se enfurece a veces, sin que sepamos la causa. Cuando eso pasa hay que pedirle que se aplaque porque puede mandar grandes desastres, aunque los hombres no tengamos la culpa. Después de hacer aquello, entró dentro de la cabaña esperando que el cielo le hiciera caso.

En el interior de la cabaña, apretando los ojos para no ver los destellos del fuego que caía del cielo, ni oír los intensos estruendos que les sucedían inmediatamente, nos juntábamos más y más los unos a los otros. No teníamos frío, pero tan juntos nos parecía que sería más difícil que sucediera algo contra todos nosotros. Mis dos hermanas pequeñas empezaron a llorar y cuando no oí a mi padre calmar su miedo como lo hacía otras veces, comprendí que él también lo tenía. Entonces empecé a temblar. Oíamos a los perros ladrar desde los establos cada vez que había un trueno y mugir a las dos vacas, relinchar al caballo e inquietarse a las ovejas. Eso producía una gran intranquilidad, porque no sabíamos lo que sucedía con algo tan importante para nuestra vida como los ganados. La lluvia seguía golpeando las paredes de la cabaña.

Pregunté a mi padre qué nos iba a pasar y me dijo que confiaba en el cielo. Pero en el mismo momento de estarlo diciendo, la lluvia empezó a golpear aún más fuerte en la cabaña. Si antes era casi ensordecedor el ruido, ahora lo era de una manera insoportable. Parecía que el cielo se estuviera cayendo. Caía agua ya desde el techo sobre nosotros. Mi padre se incorporó sin saber muy bien lo que iba a hacer, quizá sólo para que viéramos que iba a hacer algo. Agarrado al palo central que sujeta la cabaña, corrió levemente el entramado de ramas trabadas con barro y pieles que es la puerta. El agua del cielo golpeaba con intensidad sobre el suelo, lo sentíamos al lado. Se escuchó más fuerte el ruido de los animales en el establo. Desde

la cabaña donde estaba mi abuelo, muy cerca de la nuestra, se le oía hablar con mi padre a voces. Se entendía mal con el ruido de la lluvia. Mi padre nos dijo que se había escapado el caballo mayor y que el pequeño hijo de pocos meses le había seguido. Pocas veces he visto a mi padre nervioso. No sabía qué hacer. Tomó la capa hecha con pieles de cabra cosidas que se coloca sobre el cuerpo para protegerse de la lluvia y salió fuera. Nos dijo que no nos moviéramos de la cabaña. Empezaba a entrar agua dentro. Nos juntamos más los unos a los otros aprovechando el hueco dejado por mi padre, tapándonos con las pieles de cabra cosidas para no mojar-nos. No paraba de llover. Mientras la puerta estuvo abierta vimos la luz del fuego en el interior de la cabaña de mi abuelo. Era una luz amarilla en la más absoluta oscuridad. Mi madre no decía nada, eso me inquietó tanto que yo también empecé a llorar de miedo. Mis dos hermanas y mi hermano pequeño, al oírme a mí, lo hacían más fuerte. No paraba de llover, ni siquiera un poco menos.



Oímos a mi padre gritar en la oscuridad en la zona donde estaban los establos. Gritaba a los animales. También se oía gritar a su hermano. Sus voces, el ruido ensordecedor de la lluvia y los sonidos de los animales, unido al de los truenos y los destellos de luz de los relámpagos, nos mantenían sobrecogidos dentro de la cabaña. Aunque mi padre había ordenado a mi hermano mayor que no abandonara la cabaña, éste se incorporó y abrió la puerta protegido con una capa hecha de pieles cosidas. Salió fuera. Un relámpago muy fuerte iluminó durante el tiempo suficiente para que viéramos cómo corría el agua por todas partes a nuestro alrededor. Escuchamos una exclamación de mi hermano e inmediatamente entró dentro de la cabaña para contarnos, asustado, que había visto como todos los prados al lado del río, donde suele pastar el ganado, eran ahora una enorme balsa de agua en movimiento, muchas veces mayor de lo que es habitualmente. Dijo que bajaba tan furioso que incluso arrastraba árboles. Una de mis hermanas preguntó asustada si nos alcanzaría el agua donde estábamos. Mi madre le explicó con voz entrecortada que no podría suceder eso, porque nuestra aldea se alza suficientemente sobre el río. Pero mis hermanas siguieron llorando asustadas. Como son más pequeñas que yo, no entienden que cuando un mayor te dice que no hay peligro, es que no lo hay. Yo sabía que no.

Mi hermano volvió a salir fuera gritando para saber donde estaban los que habían salido. La luz de los relámpagos servía de guía si se estaba fuera, pero entre rayo y rayo, había que detenerse porque de lo contrario no se sabía hacia donde caminar y existía el peligro de ir en dirección al río, caer por el barranco y ser arrastrado por las aguas que habían inundado los prados. ¡No paraba de llover!

Por un momento pensé que pudiera sucederle algo malo a mi padre y a su hermano luchando contra todo en medio de la oscuridad. He oído hablar de otros lugares donde murieron los hom-

bres con lo fatal que es eso. Tendríamos que ir a vivir a otro sitio, bajo la protección de otra aldea. Las mujeres podrían encontrar otros maridos, pero esos maridos tendrían otros hijos y nosotros no tendríamos la misma consideración. Mis hermanas no valdrían lo mismo como esposas y no tendrían la vida futura que esperan y nosotros deseamos con orgullo para ellas. Tal vez no nos dejarían ir a la fiesta de la buena cosecha. Quedaríamos al cuidado de los ganados y yo no sería de momento o nunca el mayor que quiero ser, ni tendría una esposa fuerte que supiera trabajar y nos diera muchos hijos.

CAPÍTULO 7

El desastre que vino del cielo



uando cesó la lluvia, en nuestros oídos todavía parecía que no hubiera parado aquel ruido ensordecedor. Parte del suelo de la cabaña se había inundado. Aprovechando los relámpagos que todavía lo iluminaban todo, pero ya apenas con truenos, salimos fuera. A través de los destellos que daba el cielo, pudimos ver el río que había descrito mi hermano. Nadie había visto nunca nada igual. El agua lo arrastraba todo con furia. Vimos a mi padre y a su hermano intentando sujetar al rebaño de ovejas porque algunas paredes de los establos se habían caído y los animales salían sin saber donde ir haciendo un sonido con la boca, que era de estar asustados. El ruido ensordecedor de todas a la vez creaba en todos nosotros más confusión. Cuando el cielo no se iluminaba con los relámpagos, sólo se oían sus ruidos en la oscuridad. Parecía que procedían del cielo mismo.

Pudimos encender varias antorchas y ver algo de lo que había sucedido. Una parte de nuestras ovejas no estaban con las demás, tampoco un cerdo. Al caballo pequeño no lo veíamos, no estaba con los demás animales. Las cabras, que siempre son más listas

que las ovejas, se habían agrupado en un rincón del establo, salvando así la vida todas ellas. Pero como tenemos más ovejas que cabras, la pérdida era más importante. Recompusimos las cabañas para dormir, aunque no era fácil porque el agua había penetrado dentro y se trabajaba con mucha dificultad en la oscuridad de la noche. Estábamos exhaustos de la tensión vivida. Entre la noche oí sollozar a mi madre en el silencio. Entonces me abracé a ella para que supiera que a pesar de que ellos me vean pequeño, yo soy casi mayor y voy a trabajar todo lo que pueda para que tengamos lo que tuvimos. Mi madre me acarició el pelo y entendió lo que le estaba diciendo, aunque no hubiera pronunciado ni una sola palabra. Sé que las madres entienden las cosas de los hijos sin necesidad de que ellos se las cuenten, lo he visto muchas veces en mi madre.

Nada más empezar a verse la primera luz de la mañana mi padre salió fuera e inmediatamente todos nosotros después. Vimos a mi abuelo de pie, mirando el panorama, inmóvil. Casi no reconocíamos lo que estábamos viendo. Las praderas donde a diario pastaban nuestras vacas, eran todavía el río desbordado con el color del barro. No se veía otra cosa que agua cubriéndolo todo. Muchos árboles habían caído y se les veía cruzados provocando que el agua no discurriera con normalidad. En aquellos prados habíamos dejado pastando a nuestras tres vacas la tarde anterior. Ahora no se las veía por ningún lado. Ni a ellas ni a sus dos hijos pequeños. No hacía falta preguntar, el agua se las había tragado, como había eliminado también los cercados, contruidos a base de tanto trabajo, cortando maderas y colocando ramas para que el ganado no pudiera salir. Quien no apareció fue el caballo pequeño. Quizá por eso me pareció ver triste a su madre, no movía la cola con la misma agilidad que el día anterior. Estaba tan irascible que no se dejaba consolar, ni siquiera permitía que se le acercara mi padre.

Al otro lado del alto en el que teníamos nuestra aldea, donde estaban las tierras de labor, también el agua lo había inundado todo. Parecía una laguna. La ladera que bajaba hasta ellas, estaba ahora surcada por profundas cárcavas como nunca habíamos visto. Los establos para el ganado, las cabañas, los cobertizos para la protección de los silos... todo había sido dañado por aquella tremenda ira del cielo de la que no sabíamos explicar su causa. Le hemos hecho las ofrendas que nos pide, no hacemos daño a la madre tierra, la cuidamos, pero él nos ha mandado este desastre. Pregunté a mi abuelo pero no tenía ninguna explicación. Sólo dijo que hay que aceptar lo que el cielo manda. Pensé que no quedaba otro remedio, pero miré de reojo al cielo enfadado, porque no era justo su comportamiento.

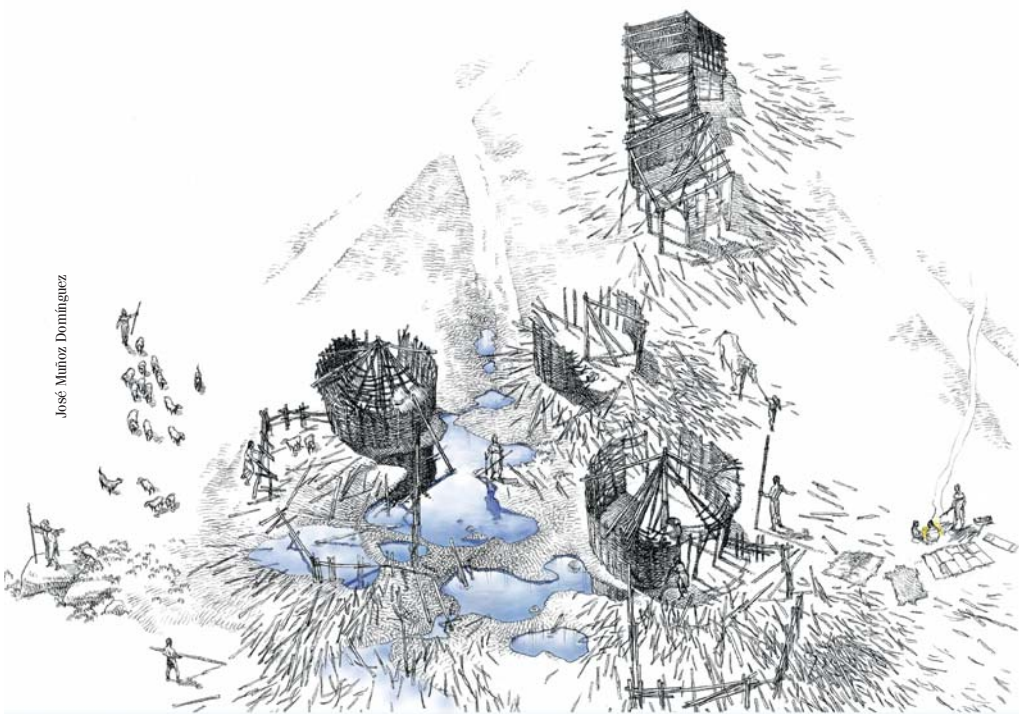
Cuando dos días después el agua fue desapareciendo de todas partes y vimos los prados junto al río y las tierras de labor anegados con la arena transportada por las aguas, mi abuelo dijo que el cielo había decidido de aquella manera que debíamos abandonar nuestra tierra. Nos había permitido recoger la cosecha, pero ya no podíamos continuar allí. Habíamos nacido en ese lugar casi todos nosotros, teníamos nuestros muertos allí y marcharnos significaba abandonarlo todo para iniciar una nueva vida en otra parte. Volver a empezar significaba mucho trabajo para todos. Habrá que buscar un buen lugar donde no falte el agua y donde las tierras de cultivo sean fértiles. Tendremos que construir nuevas cabañas y para eso necesitaremos cortar **árboles de troncos rectos**⁽²⁵⁾, llevarlos hasta la nueva aldea, entramarlos con ramas vegetales para darle consistencia a las paredes, recubrirlo con barro y construir los hogares para el fuego. Habrá que edificar también los establos para el ganado y las cercas de los prados donde pastarán nuestras vacas. Tendremos que **excavar los silos**⁽²⁶⁾ para guardar el cereal durante el invierno y acondicionarlos por dentro para que no se pudra. Y buscar un lugar para

25

26

guardar a nuestros muertos cuando volvamos a tenerlos. Todo deberá empezar desde el principio... Nos esperaba un tiempo muy esforzado, pero como no quedaba más remedio, lo haríamos. Nacemos oyendo decir que vivir no es fácil, que en nuestra vida hay multitud de peligros. Hasta los niños lo sabemos entender. Siempre trabajamos intensamente pensando que nuestra vida es así. Trabajar y llevarse bien con el cielo, con la madre tierra y los espíritus es lo que esperamos. Mi abuelo dice que todo lo demás parte de ahí.

José Muñoz Domínguez



CAPÍTULO 8

Partida hacia otro lugar



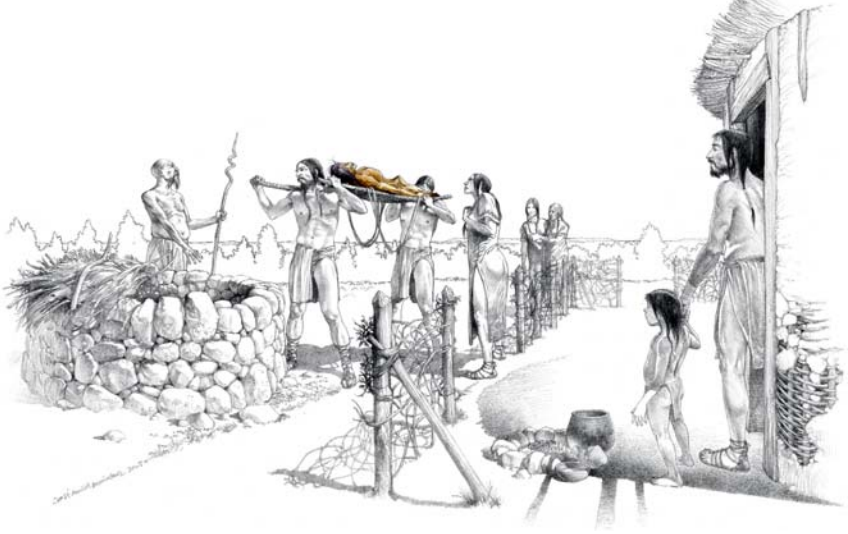
U nos días después mi padre y su hermano fueron río arriba a buscar otro lugar para vivir. No estaba demasiado lejos, lo conocían de antes. Habían subido con los rebaños de ovejas muchas veces al final del verano, cuando los pastos no eran abundantes. Alejarnos mucho significaba tener que transportar costosamente el trigo y la cebada almacenados en los silos. Aún así el lugar distaba casi la mitad de una mañana caminando desde que el sol ha salido, hasta que está completamente encima de nosotros. Mi, padre, su hermano y mi hermano se marcharon para ir construyendo las cabañas y así cuando fuera el momento definitivo, de partir pudiéramos encontrar una parte ya construida. Les pedí que me llevaran con ellos porque yo ya puedo ayudar, pero decidieron que debía quedarme para lo que mandara a mi abuelo. Tengo ganas de ser completamente mayor para contribuir de verdad en las tareas importantes.

Varios días después regresaron para organizar la partida de todos. Habían cortado los troncos de árbol necesarios para levantar las cabañas y los establos. Traían las manos llenas de heridas de usar el hacha. Yo les admiro porque aunque tengan heridas en el cuerpo, nunca desfallecen.

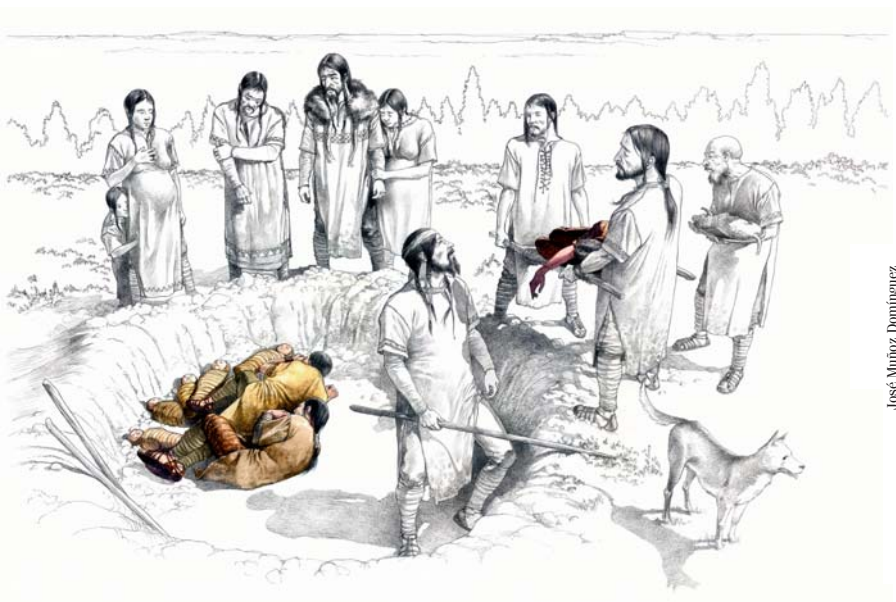
Estaba cerca el momento de la partida. Yo nunca había vivido nada igual. Mi abuelo sabía todo lo que había que hacer. Los más viejos de cada aldea son los depositarios del saber acumulado por las gentes durante mucho tiempo. Ellos tienen que transmitirlo a sus sucesores tal y como lo han recibido, para que nunca se pierda nada de lo que hemos conseguido averiguar. Cada anciano transmite el saber enseñando un poco cada día. De esa forma los que logren tener muchos años, serán los que más sepan y los que lo sigan transmitiendo. Así ha sido siempre según mi abuelo. Nos dice a los niños que debemos estar muy atentos para que nada de lo nuestro se olvide, porque olvidar algo sería volver atrás, con lo que ha costado avanzar.

Fue diciendo cada tarea que debíamos hacer como si lo supiera de memoria. Hubo que ocuparse también de los muertos. Los muertos nunca pueden quedar abandonados y expuestos a la mofa de nadie. Estaban guardados en el lugar donde van a parar sus cuerpos cuando ya no se mueven, cuando el espíritu, que es lo que los mueve en vida, les ha abandonado. Aunque ya no queda nada de lo importante dentro del cuerpo, mi abuelo dice que no se les puede abandonar porque siempre guardan algo de lo que tuvieron y porque los espíritus que habitaron en ellos no consentirían su profanación. La pregunté a mi abuelo si los espíritus podían volver a entrar dentro de los cuerpos y darles vida. Me dijo que eso nunca había pasado que él conociera o le hubieran contado.

La mayor parte de nuestros muertos están guardados en una cabaña de piedra y ramajes a poca distancia de la aldea⁽²⁷⁾. Allí los dejamos, seguros de que su espíritu ya no vive dentro de ellos. A algunos se les expone un tiempo en lo alto para que los buitres lleven su carne a lo alto y alimenten al sol, a otros se les viste con pieles y se les ata fuertemente. La casa de los muertos no se visita si no es necesario, todos evitamos pasar cerca porque puede estar el espíritu visitando su cuerpo y si nos viera sería fatal para nosotros.



Fueron a la casa de los muertos para traerlos a la aldea. Trajeron a los que eran ya un manojo de huesos envueltos en pieles de cabra y a otros, los que conservaban todavía buena parte del cuerpo que tuvieron, cargados sobre parihuelas. Sentí miedo al verlos llegar. A algunos les había conocido vivos. ***Entre ellos había hermanos míos muertos antes de que yo naciera, mujeres de los hermanos de mi padre, hijos suyos y muchos de los niños que al nacer mueren***⁽²⁸⁾. Aunque dijeran que nadie habitaba ya dentro de ellos, a mi me daba mucho miedo ver sus caras con aquel color y aquella expresión inmóvil.



Cavaron en el suelo un pequeño hoyo, hicieron una ceremonia sacrificando un cordero y depositaron los huesos dentro. Algunos lloraban. Colocaron entonces encima un montículo de piedras pequeño y mi abuelo dijo unas palabras mirando hacia el cielo, diciendo que habíamos cumplido devolviendo a los muertos al sitio donde habían vivido y añadió que les dejaban allí como testimonio de pertenencia a aquella tierra. Dijo también que si alguien osara profanarlos, sus espíritus y el cielo les castigarían con crueldad.

Llenamos los silos vacíos con todos los desechos que había acumulados en la aldea. Rompimos muchos cuencos que no podíamos llevar y los arrojamos también dentro. Dijo que de esa manera volvían a la madre tierra, de donde había salido todo. Era muy triste. Pero procuré aprenderlo muy bien por si alguna vez yo era el más anciano de mi aldea y tenía que hacer lo mismo. Con todo listo para partir, prendimos fuego a lo que habían sido nuestras cabañas y los establos. Grandes llamas se alzaron enseguida hacia el cielo. Mi abuelo hizo un gesto levantando su bastón como ofreciéndolas al cielo. Aquella mañana aún el sol no estaba completamente encima de nosotros. Era un día muy azul de después del tiempo de calor, de los que me gustaba salir con el rebaño río arriba, acompañado de mis hermanos, y notar la sensación de humedad de los prados en la ribera del río y el olor especial de los árboles con las hojas ya amarillas. La próxima vez sería ya en otro lugar. Aunque era triste dejar lo que habíamos conocido durante mucho tiempo, también me ilusionaba pensar que iba a vivir en un sitio nuevo teniendo que crear cada cosa y aprendiendo a hacerlo. Así sabría todo mejor para cuando fuera mayor. Con lo que iba a aprender ahora ya no podía faltar mucho.

Empezamos a caminar siguiendo el curso del río. A cada poco miraba para atrás para ver cómo se iba haciendo más pequeño a mis ojos el sitio que fue nuestra aldea. Así, hasta que casi la perdí

de vista, no dejaba de verse el humo de lo incendiado ascendiendo al cielo. Y era muy curioso porque a cierta distancia ya sólo se veía como el humo se había ido depositando sobre la aldea, sin ascender del todo hacia el cielo, como si éste no le dejara pasar. Formaba como un cielo de nube azulada que protegía lo que había sido nuestra aldea. Pregunté a mi abuelo porqué pasaba aquello, pero no me respondió porque estaba llorando en silencio.

FIN





GLOSARIO

1 ***–calcular cuando sería el día en que nos reuniéramos para celebrar el fin del tiempo del calor–***

En la remota antigüedad no tenían los calendarios ni los relojes que hoy tenemos para saber el tiempo y la hora que es. Sus cálculos se basaban en la observación del cielo, cuyas conclusiones se transmitían de generación en generación. Las celebraciones relacionadas con los cambios de estación formaban parte de su vida, como sucede también en nuestro tiempo.

2 ***–aquella piedra en concreto tenía el secreto–***

Las gentes prehistóricas no tenían los conocimientos científicos que tenemos hoy nosotros. Por eso creían encontrar en determinados elementos de la naturaleza explicaciones a sus misterios. Grandes rocas, montañas, piedras curiosas... etc. eran para ellos manifestaciones de lo desconocido.

3 ***–el sol no se oculta, ni tampoco sale, todos los días del año por el mismo sitio, sino que recorre un camino poco a poco que se repite–***

La observación del cielo fue algo muy importante durante toda la Prehistoria. Ellos percibían los cambios que se producen, pero no tenían conocimientos científicos para saber el motivo. Ante tal cosa lo identificaban con la divinidad o con fuerzas y seres misteriosos.

4 *–dar gracias por el tiempo del sol intenso que ya terminaba y, sobre todo, por la buena cosecha–*

Celebrar el fin de las estaciones climáticas y las buenas cosechas fue algo habitual entre los pueblos de la antigüedad. De las buenas o malas cosechas dependía la alimentación. El estudio de la composición de los huesos humanos hallados en El Tomillar nos dice que la alimentación de sus habitantes se basaba sobre todo en el consumo de cereales y bellotas. Por esa razón celebrar una buena cosecha y con ello el fin del verano, debía ser algo muy importante.

5 *–el queso, tan importante para nuestro sustento–*

La fabricación de queso supuso en este tiempo un importante avance en una alimentación que tenía numerosas carencias y que influía poderosamente en la esperanza de vida. En El Tomillar han aparecido queseras de barro que atestiguan la fabricación y el consumo de queso.



Fragmento de quesera de barro de El Tomillar



Así era una quesera de barro completa

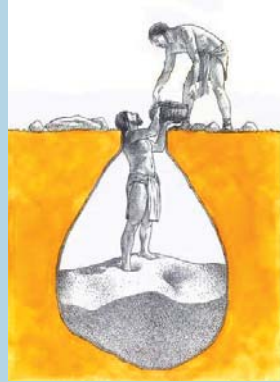
6 *–la madre naturaleza–*

El hombre prehistórico valoraba a la naturaleza con la categoría de madre, puesto que era consciente que de ella partían las bases para el desarrollo de su vida. Esa idea hacía que la naturaleza fuera cuidada y venerada a un nivel que en parte hemos olvidado hoy.

7 *–los silos excavados en el suelo–*

El cereal debe ser guardado en sitio seguro durante el invierno, de lo contrario con la humedad y las bacterias germina y se pudre. Por

tanto había que guardarlo en sitios seguros. Esos sitios eran los silos. Excavaban un hoyo profundo en el suelo virgen, hacían un fuego interior para limpiarlo de bacterias, a menudo se forraba con barro y dentro se guardaba el cereal, cerrándolo después casi herméticamente para que no penetrara el aire. Sólo así podía conservarse e irlo consumiendo a lo largo del año.

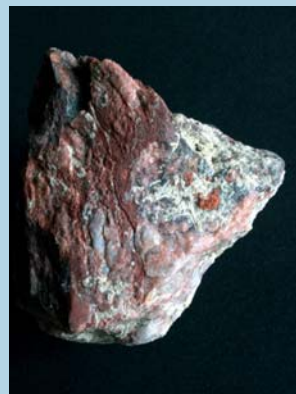


8 –había que llevar los regalos de calidad que ya tenía preparados desde hacía tiempo–

Los pueblos primitivos basaban las relaciones de buena vecindad y amistad con otros pueblos en los regalos y las celebraciones. Era frecuente que se hicieran regalos. Algunos de estos consistían en objetos traídos de muy lejos, lo que hacía a su poseedor tener un prestigio social determinado. Así, conchas marinas, marfil africano u otros objetos circulaban entre las aldeas. Seguir el rastro de este tipo de objetos es para los arqueólogos muy importante, ya que con ello averiguan las relaciones entre unos y otros.

9 –machacan la piedra roja, el hueso y el carbón para pintarnos el cuerpo de rojo, de blanco y de negro–

El empleo del ocre rojo ha sido esencial durante la Prehistoria. Aún los pueblos primitivos actuales siguen usándolo. El ocre procede del óxido de hierro. Reducido a polvo y mezclado con agua, es un pigmento muy vistoso. Unido al carbón vegetal y mineral y al hueso sometido al fuego o al yeso, daban los colores rojo, negro y blanco. Podía servir para pintarse el cuerpo, para pintar en los recipientes, instrumentos e incluso en las rocas y cabañas.



Fragmento de ocre de El Tomillar

10 ***–Mi abuelo siempre dice que el color rojo... es el color de la vida–***

El color rojo del ocre lo asociaban los pueblos primitivos con la vida. En muchas tumbas se han encontrado huesos pintados de rojo, como queriéndoles devolver a la vida. Era un elemento muy asociado a los rituales. En los yacimientos de la Edad del Cobre siempre aparecen testimonios del uso de ocre.

11 ***–Siempre necesitamos de los ancianos–***

Entre los primitivos de todas las épocas los ancianos han tenido una gran importancia. Ellos fueron considerados depositarios del saber. En los tiempos en los que no había libros donde dejar escritos los conocimientos, los que vivían mucho eran los depositarios del saber y los que debían difundirlo a las nuevas generaciones. Eran venerados y protegidos por ello.

12 ***–no es fácil vivir tanto tiempo–***

La vida en El Tomillar y en las aldeas contemporáneas era muy limitada. Los estudios realizados dicen que sólo uno de cada ocho nacimientos lograba llegar a una edad entre 40 y 60 años. Los adultos normalmente morían entre los 20 y los 30 años. Por otra parte era difícil pasar de la infancia. Numerosos niños morían al nacer o poco después, a consecuencia de la mala alimentación y de las enfermedades. Era difícil llegar a adulto en aquel tiempo. Indudablemente sólo llegaban los más fuertes.

13 ***–Desde pequeños nos han enseñado que es el tiempo para sentirnos todos hermanos de todos y para sentir el orgullo de ser los herederos de los que antes tanto han hecho por nuestra tierra hasta llegar a nosotros–***

La posesión de un territorio era muy importante porque en él estaban los elementos para la subsistencia y el mantenimiento de cada aldea. Dentro de la mentalidad primitiva la posesión del territorio se basaba en vivir en él y en ser los herederos de los que habían vivido antes en ese mismo sitio. El sentirse unidos los habitantes de un territorio significaba la mejor forma de defenderlo y de seguirlo teniendo como propio.

14 ***–Es el lugar construido por nuestros antepasados comunes, donde los mayores dicen que se guarda su memoria y se guardará la de todos nosotros con la de ellos cuando nos sucedan–***

Los pueblos prehistóricos consideraron que una forma de manifestar que un territorio les pertenecía era a base de construir monumentos que eran utilizados durante muchos años. El hecho de que los hubieran levantado antepasados remotos y los siguieran utilizando tiempo después, implicaba en sus sucesores una forma de propiedad del lugar. Esto sucedió por ejemplo con los dólmenes, construidos hacia el 4300 a.C. y utilizados todavía hacia el 1000 a.C.

15 ***–piedras verdes con las que fabricar el cobre–***

El cobre se convirtió en un material codiciado a partir aproximadamente del 3300 a.C. Desde ese momento en adelante fue creciendo su importancia. En El Tomillar lo obtenían a partir de la malaquita, un mineral de color verde que no existe en su entorno. Tenían que irlo a buscar a otra parte. Seguramente lo traían de las inmediaciones de la ciudad de Ávila, donde hay numerosos puntos con mineral de cobre.



Mineral de cobre en bruto



El Tomillar. Punzón de cobre



Fundiendo cobre

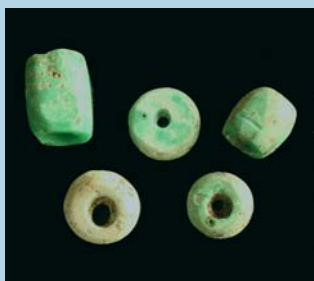
16 ***–montículo de tierra y piedras–***

Los dólmenes eran monumentos donde las gentes del final del Neolítico, de la Edad del Cobre y también de la Edad del Bronce se concentraban. Constaban de una cámara circular hecha con grandes lajas clavadas en el suelo, un pasillo con lajas menores

a ambos lados por el que se accedía a la cámara y un abultamiento de tierra y piedras llamado *túmulo* que lo rodeaba todo para darle mayor resalte y espectacularidad. (En Ávila se conocen dos, uno es el del Prado de las Cruces, en Bernuy Salinero, que es visitable).

17 ***–un collar de piedras verdes–***

Durante el Neolítico y la Edad del Cobre solían utilizarse amuletos y collares fabricados con una vistosa piedra llamada variscita, cuyo origen está en la provincia de Zamora. Estas piedras tuvieron un carácter simbólico muy especial porque llegaron a todas partes. Eso prueba los movimientos de la gente en un tiempo tan remoto en el que no había coches, ni trenes, ni aviones.



Cuentas de variscita



El Tomillar: Cuentas de variscita



18 ***–Mi abuelo habla siempre de este hombre con mucho respeto y admiración porque ha visto y vivido cosas extraordinarias, por eso todos debemos sentirnos orgullosos de que exista–***

En la Prehistoria, no era frecuente conocer territorios lejanos. Por eso cuando algún personaje había conocido sitios muy diferentes y lejanos, ese personaje se convertía en alguien importante y con prestigio entre los demás, capaz de transmitir la existencia de un mundo exótico paralelo al que habitaban.

19 ***–cuando estuvo preparada la cerveza que sale de mojar la cebada–***

En este tiempo ya se sabía elaborar cerveza a partir de la ceba-

da. Se han hecho análisis de los residuos en el fondo de vasijas que así lo confirman. Pero la forma de consumirla no era la de hoy. Se consumía con motivo de ciertos acontecimientos, era una bebida ritual y con un efecto también ritual.

20 ***–lanzan flechas–***

En El Tomillar han aparecido algunas de las flechas que usaron sus habitantes para la caza y quizá también como arma si se producían conflictos. Eran de piedra, talladas a base de quitarle pequeños pedazos hasta darle la forma deseada. Se las colocaba en el extremo de un palo para ser lanzadas con un arco.



Puntas de flecha de piedra halladas en El Tomillar

21 ***–personas venerables–***

El hecho de producir alimentos (vegetales y animales) hizo que algunos tuvieran más que los demás. La mayoría consumían lo que producían, no les sobraba nada. Pero si a algunos le sobraba bastante, se convertían en ricos de los de entonces. Como las riquezas no servían para lo que sirven hoy (comprar casas, coches, propiedades...), lo empleaban en adquirir objetos especiales venidos de muy lejos y también organizando celebraciones en las que ellos, por tener más y donarlo, tenían un papel más importante. Así nacieron las diferencias sociales que han llegado hasta hoy.

22 ***–Hay que recoger los frutos comestibles de los árboles y almacenarlos muy bien–***

Los estudios hechos sobre la composición de los huesos humanos

de El Tomillar, revela que el consumo de bellotas fue importante. La presencia entonces de gran cantidad de encinas en la zona está atestiguada por los estudios del polen fósil. Las calorías de las bellotas proporcionaron un buen alimento a las gentes de El Tomillar en un tiempo en el que nada se desaprovechaba.

23 ***–Hay que forrar las cabañas con barro–***

Las cabañas en las que vivían eran de forma circular, con 6 m. de diámetro nada más. Estaban hechas de troncos de árbol clavados en el suelo y alineados y recubiertas de barro para que no penetraran el frío y el agua de la lluvia. En el centro de la cabaña estaba el hogar para el fuego. En el interior de la cabaña se hacía la vida doméstica y se dormía.



24 ***–Mi abuelo dice que ellas son la garantía de que nuestra aldea no se quede sin gente para trabajar, porque el trabajo nos asegura que no pasaremos hambre–***

Uno de los grandes problemas que cada aldea tenía era la falta de gente para cultivar las tierras y cuidar los animales. Con poca gente la producción era menor. La facilidad con la que morían sobre todo niños y mujeres, éstas en los partos y sus consecuencias, hacía que las aldeas no crecieran lo suficiente. Las mujeres, por su capacidad de aumentar la población, serían muy valiosas, de ahí que la consecución de esposas para los varones fuera algo de gran importancia.

25 ***–árboles de troncos rectos–***

Conseguían árboles de troncos rectos cortando pinos que había en la zona. Por los estudios de polen fósil sabemos de la existencia de pinos y también de encinas. Los cortarían con hachas de piedra, un trabajo muy costoso.

26 ***–excavar los silos–***

Los silos se excavaban para guardar el cereal. La roca virgen, que en El Tomillar es muy dura, se horadaba haciendo un gran hoyo en forma de saco. Ello implicaba un duro trabajo, teniendo en cuenta las herramientas de que disponían.

27 ***–La mayor parte de nuestros muertos están guardados en una cabaña de piedra y ramajes a poca distancia de la aldea–***

Las investigaciones arqueológicas en El Tomillar han demostrado que guardaban a los muertos en alguna parte de las inmediaciones de la aldea sin enterrar. Pero por alguna razón desconocida los sacaron en un momento dado, quizá porque iban a marcharse, excavaron un hoyo en el suelo y los enterraron allí.

28 ***–Entre ellos había hermanos míos muertos antes de que yo naciera, mujeres de los hermanos de mi padre, hijos suyos y muchos de los niños que al nacer mueren–***

El estudio de los esqueletos antiguos proporciona datos de gran valor. Gracias al estudio de dos enterramientos de El Tomillar con un total de 18 individuos de todas las edades, ha podido saberse que morían muy jóvenes, que muchos niños no pasaban de los tres años de edad y que era muy raro pasar de los 40 años. La mala alimentación, las infecciones y el desconocimiento de la causa de las enfermedades, provocaban este riesgo. Sobrevivir en aquel tiempo era una suerte y un gran esfuerzo. Aún así sobrevivieron muchos y después otros y más tarde otros... así hasta llegar a nosotros hoy, herederos de todos ellos.

